



Wenceslao Roces

“La historiografía soviética sobre Grecia y Roma”

p. 299-316

Conciencia y autenticidad históricas

Escritos en homenaje a Edmundo O' Gorman

Juan Antonio Ortega y Medina (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Filosofía y Letras

1968

436 p.

Figuras

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/114/conciencia_autenticidad.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Wenceslao Roces

**LA HISTORIOGRAFÍA SOVIÉTICA
SOBRE GRECIA Y ROMA**

No pretendo ofrecer aquí un estudio acabado sobre el tema. Carezco —sin hablar de mis insuficiencias personales— de los materiales y elementos necesarios para ello. Me propongo únicamente, en este cordial homenaje a los sesenta años del doctor Edmundo O’Gorman, pergeñar, con los pocos datos de que dispongo, algunas notas informativas sobre las principales corrientes y los rasgos fundamentales, la temática y la problemática, la metodología y las figuras más destacadas de la historiografía rusa y soviética en torno a la antigüedad grecorromana.

La gran aportación de la ciencia soviética a estos estudios era, hasta hace poco, por diversas razones, casi desconocida entre nosotros. Las dificultades del idioma (*russa non leguntur*, diríamos parangonando la frase conocida de los latinistas con respecto al griego) entorpecían gravemente la comunicación. Pero pienso que era, sobre todo, una actitud de desdén, cuando no de franca repulsa dogmática, lo que más contribuía a mantener las valiosas contribuciones de la ciencia rusa, en el campo de la historiografía como en otros, extramuros de nuestro horizonte cultural. Las cosas, afortunadamente, están cambiando en este terreno y en otros más importantes, bajo el signo alentador de una integración cultural y humana, del que la ciencia, si realmente ha de serlo, jamás debe alejarse. Las aduanas proteccionistas y los cordones sanitarios y policíacos nada tienen que hacer en el mundo de la cultura. Son, a la larga, inoperantes y hasta contraproducentes.

El estudioso comienza a disponer hoy, en nuestra lengua y en otras a él asequibles, de obras interesantes sobre la historia de Grecia y de Roma escritas por autores soviéticos. Generalmente, hasta ahora, hay que decirlo, en traducciones indirectas, casi siempre poco cuidadas y sin un manejo responsable de la terminología



científica, pero que, por lo menos, van rompiendo ya la larga noche del aislamiento. También en este punto asistimos, aunque un poco medrosamente todavía, al “deshielo” de que nos habla Ehreburg.

Ahí están, para citar solamente éstas, las traducciones recientemente editadas en México y en otros países de habla española, de la *Historia de Roma* de Kovaliov (Editorial Futuro, Buenos Aires), de la *Historia de la antigua Grecia*, de Struve (Editorial Futuro) y de la *Historia de la antigüedad*, de Kajdan, Nikolski, Dekonski, Diákov, Kovaliov (aquí, transcrito por Kovalev) y otros (Editorial Grijalbo, México). En los tomos II y III de esta última obra (“Grecia” y “Roma”, bajo los nombres de Diákov y Kovaliov; pp. 24 y ss. del primero y 31 y ss. del segundo) encontrará el lector interesado por estos problemas nombres de autores, títulos de obras y datos valiosos sobre el desarrollo de la historiografía rusa y soviética grecorromana, en sus lineamientos generales.

Pero la mejor bibliografía, resumida por periodos, acerca de nuestro tema se contiene en dos libros que son, sin duda, los dos manuales consagrados sobre la enseñanza de estas materias en las universidades soviéticas y que, por desgracia, no han sido, hasta ahora, vertidos a nuestra lengua. Me refiero a la *Historia de Grecia* escrita por Sergueiev, con la colaboración de Mashkin y Mishulin, y a la *Historia de Roma* de Mashkin, obras varias veces reeditadas en ruso y cuyas primeras ediciones datan de 1948 y 1947; respectivamente.

Muy deplorable es que el lector español (ignoro si también el inglés, francés e italiano; una edición alemana se halla en curso de publicación) no tenga aún acceso, a menos de conocer el ruso, a la gran *Historia universal* de la Academia de Ciencias de la URSS, obra de vastas proporciones y ricamente ilustrada, en diez volúmenes de formato grande, el primero de los cuales se publicó en 1955 y el último en 1958. Esta obra de gran aliento, en la que han colaborado los historiadores soviéticos más prestigiosos, nos permite formarnos una idea cabal de las tendencias y los resultados de la historiografía soviética, en su estado más reciente. Al final de cada volumen figura una bibliografía pormenorizada, con especial atención a las aportaciones de los investigadores del país. Los volúmenes I y II, que abarcan desde “La aparición de la sociedad humana y la época de la comunidad primitiva” hasta “El Bajo Imperio Romano y el hundimiento del régimen esclavista”, estudian la historia de Grecia y Roma



en el cuadro panorámico de la historia del Antiguo Oriente y de la formación y el desarrollo de la sociedad de la esclavitud.

Existe traducción española del *Compendio de historia universal* en cuatro pequeños volúmenes, publicados bajo el patrocinio del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la URSS. El primero de ellos, del profesor A. W. Mishulin, trata de la historia de la Antigüedad. El segundo, redactado por el profesor E. A. Kosminski, versa sobre la historia de la Edad Media. Los dos últimos tienen por tema la Edad Moderna (1640-1918) y por autores a los profesores A. W. Iefimov y W. M. Jovostov. Se trata de una obra de nivel elemental, destinada a los cursos de enseñanza media.

La historiografía rusa

No es posible desligar la historiografía soviética en general, y en particular los estudios sobre historia antigua, de la etapa prerrevolucionaria de la historiografía rusa. Los estudios clásicos en su conjunto y en especial el cultivo de la historia de Grecia y de Roma tienen en Rusia una larga y rica tradición. Y de ella se nutre en buena parte —aunque el método de investigación y la concepción general de la historia hayan cambiado, fundamentalmente— la ciencia historiográfica soviética.

En esto como en todo, la Revolución de octubre y la ciencia soviética se esfuerzan por recoger y vitalizar lo mejor de la tradición cultural de su país y de la humanidad, reescribiendo la historia bajo una luz nueva, pero sin hacer tabla rasa del pasado de la cultura y de la sociedad, en lo que tiene de positivo y de valioso. En el estudio de la historia como en otros órdenes del pensamiento, los soviéticos superaron pronto las deformaciones antimarxistas o pseudomarxistas de una cultura construida *ex novo*, amputada de sus raíces en el pasado, la aberración antihistórica de que fue exponente por breve tiempo un Pokrovski en el campo de la historiografía. Para centrarse en seguida, tras un profundo examen crítico y siguiendo las certeras enseñanzas de Lenin sobre la herencia cultural, en una manera de ver, investigar y escribir la historia que recoge lo verdaderamente válido del acervo historiográfico anterior, vitalizándolo, esclareciéndolo y ahondándolo, revolucionándolo, a la luz de la concepción materialista, objetiva, de la historia, en torno a la problemática y con la metodología congruentes con ella.

Otra consideración general y previa, que guarda estrecha relación con la anterior, es la siguiente. La quimera primitivista,



infantil, de quienes veían la revolución rusa como una conmoción que rompe de raíz con un pasado de barbarie, para levantar sobre cimientos totalmente nuevos, una estructura social, política y cultural de civilización, nada tiene que ver con las realidades históricas de la Revolución de Octubre ni con los fundamentos auténticos de la concepción marxista de la historia. La visión granguiñolesca de una Rusia hundida en las tinieblas de la “barbarie asiática”, sobre la que, en un golpe de escenografía revolucionaria, despunta de pronto la aurora de una civilización virginal e inmaculada, no pasa de ser una fábula teatral. Si la vieja Rusia hubiera sido, en lo cultural, el páramo desolado que nos pintan los simplistas partidarios del claroscuro, ¿cómo habría podido prender allí con tanta fuerza —aunque la savia nutricia, la acción revolucionaria y sus fundamentos, brotaran de lo interior— la llama de la filosofía social europea más avanzada, heredera de las más grandes corrientes de la gran cultura occidental, para forjar la fuerza transformadora? Históricamente considerado, es evidente que la gestación, el ascenso y el triunfo de la teoría marxista en Rusia, aunque responda, en lo profundo, a causas sociales interiores, acusa un altísimo nivel de desarrollo cultural. Quien conozca los grandes debates filosóficos y el profundo movimiento crítico que prepara el advenimiento del marxismo en la Rusia prerrevolucionaria, desde comienzos de siglo y en el que los ideólogos rusos de la revolución, con Plejánov y Lenin a la cabeza, podían medir sus armas dialécticas con las de los mejores representantes del pensamiento europeo, no puede abrigar dudas acerca de esto.

En el campo de la historiografía, como en el de la filosofía, la literatura, el arte, en todos los ámbitos culturales, la Rusia prerrevolucionaria era un país altamente desarrollado. El zarismo y la estructura feudal y semifeudal de la sociedad asfixiaban la multi-secular veta creadora de la intelectualidad y el pueblo rusos. Y el haberlos liberado de esa losa mortal para vivificarla, es, en el campo de la cultura, uno de los grandes títulos de legitimidad de la revolución. Nadie ha ensalzado con tanto amor, con búsqueda tan afanosa y tanta objetividad las gloriosas tradiciones de la cultura y el intelecto rusos como el propio Lenin, por ejemplo en sus estudios sobre Tolstoy y Chernichevki.

Tampoco —repetimos— en el campo de la ciencia de la historia antigua ingresamos en la galería de las realizaciones soviéticas pasando por un túnel sombrío o una zona muerta, por terrenos baldíos y estériles. La historia no es nunca eso; ni puede serlo tampoco la historia de la historiografía. Antes de los historia-



dores soviéticos de hoy están las figuras relevantes de los historiadores rusos anteriores a la revolución. Y no como estatuas de museo, sino como antepasados vivos, cuyos herederos, equipados con una concepción y un instrumental superiores, revolucionan la obra de generaciones anteriores, pero sin abominar de ella en lo que tiene de realmente positivo.

Ya a fines del siglo XVIII, en el transcurso del XIX y en las dos primeras décadas del XX, la historiografía rusa sobre la antigüedad, enlazada a las grandes corrientes de la ciencia histórica europea, erigida sobre bases científicas desde Vico y Niebuhr, habla con voz propia la intelectualidad rusa que en universidades y laboratorios, dio a la ciencia universal personalidades tan descolantes como Lomonósov, Mendeléiev, Sechénov y Pávlov, en los campos de la física, la química y la fisiología; el pensamiento filosófico y social ruso que brillaba con tanta fuerza en figuras como Chernichevski, Herzen, Bielinski, Dobroliúbov, no podía quedarse rezagado tampoco en el campo de la historiografía. Ese mismo pensamiento alentó, en el siglo XIX, la obra de muchos notables investigadores de la antigüedad. Algunos de ellos, como Modéstov y Grevse, profesores de la Universidad de Petersburgo, postergados y destituidos de sus cátedras por el zarismo, como desafectos al régimen y sostenedores de ideas “subversivas”; es decir, de una concepción progresiva de la historia.

Una circunstancia importante que explica el interés especial de los historiadores rusos, ya desde muy pronto, por la cultura y la sociedad de Grecia y Roma es el hecho de que algunas partes del Sur de Rusia, principalmente la península de Crimea, el Quersoneso Tracio de los antiguos, las riberas del Mar Negro y la Transcaucasia, Armenia, Georgia y el Asia central, fuesen en su día escenario de algunas páginas de la historia de aquel ciclo cultural. Ello enlaza la historia grecorromana, en algunos aspectos, junto al interés general que su estudio ofrece, con su propia historia nacional. A las excavaciones modernas en aquellas regiones, sede de importantes monumentos y vestigios, se hallan asociadas, desde los años veintes del siglo XIX hasta nuestros días, figuras muy destacadas de arqueólogos rusos y soviéticos. Citemos solamente —ya que la arqueología escapa a nuestros propósitos en estas notas y a nuestros conocimientos—, entre los primeros a Uvárov, autor de las *Investigaciones sobre lugares antiguos en el Sur de Rusia y en las riberas del Mar Negro*, y al académico Stefanov, que escribió una obra con rica documentación arqueológica sobre *Los Escitas de Herodoto*. De los arqueólogos de la escuela soviética hay que mencionar, entre muchos, a Far-



makovski y Gaidukievich, que tuvieron parte muy destacada en el descubrimiento y el estudio de las ruinas de las colonias griegas de Olbia, Quersoneso (a que algunos han llamado “la Pompeya rusa” y otros “la Troya rusa”) y algunos más.

Entre los fundadores de la epigrafía rusa grecolatina figuraron, en el siglo XIX, Pomialovski, autor de una colección de inscripciones griegas y latinas del Cáucaso, y Latyshev, cuya obra, publicada en 1885, lleva el título de *Inscriptiones antiquae Orae Septentrionalis Ponti Euxini graecae et latinae*.

Viniendo ya al terreno específico de la historiografía rusa sobre Grecia, encontramos a la cabeza de estos estudios, como la primera gran personalidad de investigador y docente a M. S. Kutorg (1808-1889), durante largos años profesor en la Universidad de Petersburgo, primero, y luego en la de Moscú, autor de una obra notable sobre *Las tribus del Ática*, que vio la luz en 1838. Movándose en el círculo de las concepciones del helenista inglés George Grote, Kutorg resumía los resultados de sus investigaciones y los principios de sus enseñanzas en la afirmación de que las dos ideas centrales de la cultura helénica, que dejaron una huella más profunda en la posteridad fueron “la idea de la libertad del ciudadano y la del pensamiento libre”. Y hacía hincapié en la necesidad de estudiar la historia de Grecia en estrecho contacto con las realidades y necesidades del pueblo ruso, para asegurar en él la pervivencia de aquellos postulados.

Este gran maestro formó una escuela de helenistas rusos, entre los que se destacó con acusado relieve la personalidad de F. F. Sokolov (1841-1909), gran historiador y notable epigrafista. Él mismo se llamaba “adorador de los hechos”, y sus trabajos para reconstituir, sobre todo a través de las inscripciones, los fenómenos históricos grandes y pequeños, fueron incansables.

A fines del siglo XIX y comienzos del XX, la helenística rusa se enriquece con los estudios de S. A. Jebeliov (1867-1941), autor de dos obras importantes: *Datos para la historia de Atenas, del 229 al 31 a. C.*, basada en un rico material epigráfico, y la *ΑΧΑΪΚΑ*, investigación sobre la provincia de Acaya. Entre los discípulos y continuadores de Jebeliov, hay que citar a M. M. Jvostov, notable papirologo. En los datos de la papirología, principalmente, se basan sus estudios *Sobre la historia del comercio oriental del Egipto grecorromano*, publicado en 1907, y sus trabajos sobre *La industria textil* en la misma área. En el campo de la Grecia clásica, son importantes las aportaciones de W. P. Buseskul, profesor de la Universidad de Járkov, en sus obras sobre *Pericles, la Athenaion Politei de Aristóteles* y la *Historia de la democracia ateniense*.



La *Introducción a la historia de Grecia* de este autor alcanzó varias ediciones. Deben registrarse, por último, en este periodo, los valiosos libros de R. P. Vipper, académico, entre los que descuellan las *Lecciones sobre la historia de Grecia* y la *Historia de Grecia* en el periodo clásico (siglos v-iv a. C.).

No menos copiosos e interesantes fueron los resultados de la romanística rusa, por los mismos años. Resaltan aquí los nombres de V. I. Garie (1837-1919), que tuvo por discípulos a Vinográdov y a Vipper, ya citado entre los helenistas, y a Sokolov, helenista y romanista, y Pomialovski, epigrafista. Alcanzó gran influencia, en su tiempo, la *Historia de la literatura latina* de Modéstov, traducida al francés en 1907. Hacia 1900, publicó F. D. Grimm sus *Estudios sobre la historia del desarrollo del poder imperial*. Los *Ensayos sobre la historia del Imperio romano* de R. Y. Vipper aparecieron en 1908 y fueron reeditados en 1923, ya bajo el régimen soviético. En 1907 dio a las prensas D. M. Petruchevski su obra, reeditada en 1922, *Estudios sobre la historia del Estado y la sociedad medievales*, en que se contiene un importante ensayo acerca de la vida económica y social del Bajo Imperio romano.

Fueron interesantes por su temática y orientación, para la época en que aparecieron, los trabajos de dos romanistas, el profesor de la Universidad de Moscú P. F. Leóntiev y el de la Universidad de Petersburgo I. M. Greves. El primero publicó, ya en 1861, un estudio muy documentado sobre las clases agrarias en Roma. El segundo (que vivió de 1860 a 1941) escribió una obra *Sobre la propiedad de la tierra en Roma, principalmente en la época del Imperio*. Las condiciones especiales de Rusia y las luchas de su pueblo por la transformación de las estructuras feudales en el campo llevaban a los romanistas más sensibles a indagar preferentemente, como vemos, los problemas relacionados con la tenencia de la tierra en la antigüedad.

En las investigaciones en torno a la historia agraria inició su larga, fecunda y brillante carrera de historiador un romanista y helenista ruso bastante conocido en nuestros medios, fallecido no hace mucho en los Estados Unidos, Michail I. Rostovtzev. Se le conoce entre nosotros, sobre todo, por dos obras fundamentales, la *Historia económica y social del imperio romano*, en dos volúmenes, traducido al español por Luis López-Ballesteros y editada por Espasa Calpe (Madrid, 1937) y *The Social and Economic History of the Hellenistic World*, vols. I-III (1941), de que ignoro si existe traducción española. En 1926-1927 apareció en Oxford la versión inglesa de su *History on Ancient World*,



en dos volúmenes. Rostovtzev, profesor de la Universidad de Petersburgo, había nacido en Kiev en 1870. Emigró a los Estados Unidos después de la revolución y ejerció la cátedra y la investigación en varias universidades norteamericanas. Pero su personalidad se formó en el medio de la ciencia anticuarria rusa. Su primera obra importante, publicada en ruso, fue la *Historia del Colonato en el imperio romano* (1899), seguida años más tarde por sus *Estudios sobre la historia económica y social del imperio romano* (1903), que después refundiría y ahondaría en sus citadas obras posteriores. A la etapa rusa de sus investigaciones corresponden también dos obras relevantes: *Escitia y el Bósforo* y *Sociedad y economía en el imperio romano*, traducidas al alemán en 1930 y 1931.

La destacada personalidad de este historiador ruso y la difusión e influencia de sus obras entre nosotros justificarían un análisis crítico de sus ideas sobre la sociedad y la cultura antiguas. No es éste, sin embargo, el lugar adecuado para ello, y nos faltaría el espacio. En Rostovstsev se acusa claramente, como en algunos otros historiadores de su tiempo, en el Occidente, algunos de ellos muy valiosos, como los alemanes Max Weber, Eduard Meyer y Robert Poehlmann, el profundo impacto causado en la historiografía por la difusión de la filosofía marxista de la historia. Impacto positivo, por la inclinación a los problemas de la estructura histórica material, económico-social. Negativo y defensivo, en la tendencia a negar o degradar el papel de las masas y de la acción revolucionaria en la historia. Así, Rostovtzev, para apuntar solamente dos importantes facetas discutibles de su concepción de la historia, señala como una de las causas fundamentales de la decadencia y el colapso del mundo antiguo la difusión de la cultura en la vasta periferia del Imperio. Pues, según él, la cultura, al extenderse, pierde su virtualidad y se envilece, fomentando los gérmenes de la ruina. Y, cayendo en los vicios antihistóricos de la modernización y la apologetica social, proyecta subjetivamente sobre la sociedad antigua conceptos, problemas y luchas de nuestro propio tiempo. Por ejemplo, cuando sostiene que el gran puntal social del Imperio romano fue “la burguesía itálica victoriosa”, apoyada “por los círculos burgueses de las ciudades provinciales”.

Marx y Engels sobre la historia antigua

Antes de entrar a reseñar la aportación de los historiadores soviéticos a la historiografía en torno a la antigüedad, sería obligado decir algo acerca de las ideas, directrices y orientaciones de



Marx y Engels en lo tocante a los problemas de la historia de Grecia y Roma. Pero el carácter y los límites de nuestro trabajo no nos permitirán extendernos en estas consideraciones.

Los fundadores del marxismo, que sientan las bases para la historiografía soviética y para buena parte de la moderna historiografía en el mundo entero, no sólo establecieron los fundamentos filosóficos para una nueva concepción de la historia en general, sino que, además, prestaron en muchas de sus obras especial atención al campo de la historia grecorromana. Con sugerencias, criterios y puntos de vista, que representan una preciosa ayuda para la historiografía en general y, en particular, para los historiadores soviéticos y marxistas especializados en el estudio de la antigüedad.

Ya en una de sus primeras obras, desentrañaba Lenin de un modo claro y certero, con gran concisión, la esencia social de la concepción marxista de la historia:

Marx —escribe Lenin— pone fin al modo de concebir la sociedad como un conglomerado mecánico de individuos, que obedecen a los cambios impuestos por la voluntad de los jefes (o, lo que, tanto da, de la sociedad y de los gobiernos), conglomerado que surge y cambia al azar, y por vez primera erige la sociología sobre una base científica, al formular el concepto de la formación económico-social, llamando así al conjunto de las relaciones de producción dadas, y al postular que el desarrollo de estas formaciones constituye un proceso histórico-natural.

En los manuscritos de sus trabajos preparatorios de *El Capital*, de los años 1857-58, publicados en alemán bajo el título de *Esbozos para una crítica de la economía política* (en cuya versión española trabajo yo desde hace algún tiempo para el “Fondo de Cultura Económica”) se contiene el importante estudio abocetado sobre las “Formaciones económicas precapitalistas”, de que acaba de aparecer una edición española con el estudio preliminar, tomado del inglés, del doctor Eric Hobsbawn. De este esbozo se pasa al famoso Prólogo de Marx a su obra *Contribución a la crítica de la economía política*, publicado por vez primera en 1859, en que se trazan los lineamientos generales del materialismo histórico, la conocida formulación sobre las grandes etapas del progreso en la historia: “A grandes rasgos, podemos señalar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués.” El estudio del bosquejo sobre las “Formas precapitalistas” (un adelanto de mi traducción se ha publicado



en la revista *Historia y Sociedad*, número 3, México, 1965) es esencial para comprender la concepción marxista del desarrollo histórico, basada en el concepto objetivo de la “formación económico-social”, como el conjunto de las relaciones de producción y las fuerzas productivas de una sociedad.

Las investigaciones fundamentales de Marx van encaminadas a descubrir las leyes económicas (la “ley motriz”) sobre la que descansa el régimen de producción capitalista, basado en la explotación del trabajo ajeno, y su necesaria transitoriedad. Pero, estudiando las formaciones sociales anteriores que, en el proceso del desarrollo histórico, conducen al capitalismo, Marx dedica especial atención, en *El Capital* y en otras obras, a la sociedad de la esclavitud y a ciertos problemas específicos de la historia de Grecia y Roma, como el de la tierra, el tránsito de la sociedad antigua a la feudal, etcétera. En la obra de Engels, *Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, en la que el autor utilizó notas manuscritas de Marx sobre el libro de Lewis H. Morgan, *Ancient Society*, publicado en 1877, los capítulos iv a vi tratan de “La Gens griega”, “La Génesis del Estado ateniense” y “La Gens y el Estado en Roma”. Y en el *Anti-Dühring*, del mismo Engels, encontramos pasajes importantes sobre la esclavitud en Grecia y en Roma, en relación con el papel de la violencia en la historia.

En su citado estudio (pp. 20 y ss. de la edición inglesa), se refiere Hobsbawn a la calificación de Marx y Engels para abordar los problemas de la antigüedad clásica, a su preparación en estos estudios y al estado de desarrollo de la ciencia histórica y los medios auxiliares de conocimiento, en su época. Los fundadores del marxismo tenían una formación clásica muy sólida, leían con soltura el latín y el griego y conocían de cerca muchas de las fuentes usuales en aquel tiempo. Pero lo que da especial valor a sus opiniones, puntos de vista y criterios sobre la historia antigua es la aplicación a estos problemas de su concepción de la historia por el conducto más autorizado, el manejo por sus propios creadores de los fundamentos del materialismo dialéctico y su visión conjunta, integrada, de los problemas de la historia, la economía y la sociedad del mundo antiguo. Por lo demás, es evidente que, en esto como en todo, sus ideas, por muy autorizadas que ellas sean, por grande que sea el respeto que inspiren, no deben ser tomadas como artículo de fe, lo que representaría la más flagrante negación de su propia concepción del mundo y de la ciencia.

Ya muerto Marx, su gran colaborador Federico Engels en 1890,



en algunas cartas muy importantes (que figuran en la edición española de las *Obras escogidas* de Marx y Engels, tomo II, pp. 456 y ss.), creyó oportuno poner en su punto las orientaciones fundamentales de su concepción común acerca de la historia, saliendo al paso de ciertas deformaciones y tergiversaciones en que comenzaban a incurrir algunos intérpretes precipitados de su doctrina. Creo que vale la pena citar algunos de los párrafos de estos documentos, que aún conservan cierta actualidad.

Para la concepción materialista de la historia —dice Engels, en carta a J. Bloch, escritor socialdemócrata interesado por los problemas históricos—, la producción y reproducción de la vida real es el factor determinante, pero sólo *en última instancia*. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que eso. Si alguien lo tergiversa, diciendo que el factor económico es *el único* determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda.

A continuación, explica la gran complejidad de la trama de la historia, que es la acción de los hombres, en la que “el resultado final se deriva de los conflictos entre muchas voluntades individuales, cada una de las cuales, a su vez, es lo que es por efecto de multitud de condiciones especiales de vida”. Estamos —añade— en presencia “de innumerables fuerzas que se entrecruzan las unas con las otras”, de “un grupo infinito de paralelogramos de fuerzas, de las que surge una resultante —el acontecimiento histórico—, que, a su vez, puede considerarse producto de una potencia única, que, como un todo, actuara sin conciencia y sin voluntad”. Y, con profundo sentido autocrítico, concluye:

El que los discípulos hagan a veces más hincapié del debido en el aspecto económico, es cosa de la que, en parte, tenemos la culpa Marx y yo mismo. Frente a los adversarios, teníamos que subrayar este principio cardinal que se negaba, y no siempre disponíamos de tiempo, espacio y ocasión para dar la debida importancia a los demás factores que intervienen en el juego de las acciones y reacciones.

Pero las deformaciones, burdas a veces, en la aplicación de un principio no son imputables al principio mismo, que lleva en sí, por el contrario, el remedio para corregir esas anomalías.

En otra carta, en la dirigida a K. Schmidt, Engels es todavía más enérgico en su repulsa a los deformadores del materialismo histórico, cuando escribe:



En general, la palabra “materialista” sirve a muchos escritores jóvenes, en Alemania, simplemente de marbete para clasificar, sin pararse a estudiar las cosas, todo lo habido y por haber; se pega esta etiqueta, y asunto terminado. Pero nuestra concepción de la historia es, sobre todo, una guía para el estudio, y no una palanca para erigir construcciones a la manera del hegelianismo. Hay que estudiar de nuevo toda la historia, investigar en detalle las condiciones de vida de las diversas formaciones sociales, antes de ponerse a derivar de ellas las ideas políticas, jurídicas, estéticas, filosóficas, religiosas, etcétera, que a ellas corresponden. . . . Necesitamos fuerzas en masa que nos ayuden; el campo es inmenso y quien desee trabajar seriamente puede conseguir mucho y distinguirse. Pero, en vez de hacerlo así, hay demasiados jóvenes alemanes a quienes la frase materialismo histórico (todo puede convertirse en frase) sólo les sirve para levantar a toda prisa un sistema con sus conocimientos históricos, relativamente escasos —pues la historia económica está todavía en mantillas— y pavonearse luego, muy ufanos de su hazaña.

El materialismo histórico no es una insignia para ponérsela en la solapa o un icono para adorarla en los altares. Es una herramienta de trabajo, un método de investigación, para aplicarlo. Pero no en el aire, especulativamente, sino sobre los materiales que suministre la indagación de las condiciones históricas reales, partiendo de los hechos históricos comprobados, para desentrañar de ello mismo, sin imponérselas de fuera, su ilación, sus causas determinantes y sus leyes. Si hay quienes no lo hacen así, el materialismo histórico no es responsable de las tonterías que en su nombre se cometan.

La historiografía soviética

La historiografía soviética en torno a Grecia se preocupa, fundamentalmente, por esclarecer, sobre los fundamentos marxistas, el carácter peculiar de la economía, la sociedad y la cultura griegas, partiendo de las características básicas de la formación social esclavista. Frente a la polémica entre Bücher y Eduardo Meyer sobre el carácter social de la antigüedad, los historiadores soviéticos investigan el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y el tipo de las relaciones de producción en aquella época. Y, partiendo de esto, rechazan todos los intentos de los modernizadores de proyectar retrospectivamente sobre Grecia y Roma las relaciones capitalistas.

En los años 1920-1924 se publicó la obra en tres tomos de A. I. Tiuménev titulada *Rasgos de la historia económica y social de la Grecia antigua*. La mira que el autor se propone es “tratar de



reconstruir, partiendo de los resultados científicos ya adquiridos y con sus propias indagaciones, una imagen orgánica de conjunto de la vida económica y la vida social de Grecia”. El estudio de Tiuménev arranca de la Grecia homérica y termina con el momento final de la independencia griega, en la batalla de Queronea.

Sobre la caracterización de las relaciones sociales en Grecia versan una serie de trabajos históricos de los helenistas Kovaliov, Serguéiev y Lurié, así como la *Historia de la cultura material en Grecia*, de que es autor el primero de estos tres autores.

A la luz de estas investigaciones sobre el carácter de la economía antigua, la historiografía soviética estudia también otros problemas. Así, en su libro sobre *La reproducción en las formaciones sociales antiguas*, otro conocido helenista, A. W. Mishulin esclarece una serie de cuestiones especiales y, en particular, la función de la guerra en la economía esclavista. En su estudio sobre *La sublevación de los esclavos y los pobres en la antigua Grecia*, el mismo autor indaga cómo en la Grecia clásica y en la época del helenismo los esclavos sublevados encontraban muchas veces el apoyo de los sectores más pobres de la población libre.

En la *Historia del pensamiento social* de S. Y. Lurié publicada en 1927, se estudian los problemas relacionados con la ideología en la sociedad griega. En 1947, Lurié publicó su *Historia de la ciencia antigua*, en la que el autor expone los resultados alcanzados por los pensadores griegos en el campo de las ciencias humanas y de las ciencias físico-matemáticas. El pensamiento y la ciencia griegos se estudian aquí en estrecha relación con la historia política y social de Grecia. La obra de Makobielski sobre *Los atomistas* brinda una exposición sistemática de las doctrinas de estos filósofos griegos, en relación con la trayectoria del pensamiento materialista entre los antiguos. Por sus trabajos sobre diversos aspectos de la filosofía griega, deben citarse también, entre otros, los nombres de Kárpov, Novosadsky, Popov y Rádlov.

Es interesante el libro de V. I. Volgin sobre *El socialismo en Grecia*. Esta obra sale al paso de muchas de las falsas conclusiones a que llega el alemán Poehlmann en su famosa obra sobre *Los movimientos sociales en la antigüedad*. Volgin analiza las luchas de clases en Grecia, los intentos de reformas igualitarias de Agis y Cleómenes y el proyecto utópico de reorganización social de la República de Platón, caracterizando el pretendido “comunismo” platoniano como una especie de “comunismo de consumo” de la clase alta.

Son importantes los trabajos del académico soviético S. A. Sheveliev, quien publicó en 1923 y 1924 una *Historia de Grecia*



312 *Wenceslao Roces*

y una *Historia del helenismo*. El mismo autor ha editado interesantes estudios sobre la formación de diferentes Estados griegos coloniales en el territorio que hoy forma parte de la U.R.S.S. especialmente el Quersoneso Táurico y el Estado del Bósforo. En sus *Estudios bosfóricos*, Shebeliev dedica una atención especial a la economía del Estado del Bósforo y a sus relaciones comerciales con las póleis de la Grecia balcánica.

Han adquirido especial notoriedad los trabajos de Blabatski y Kobylin en relación con la historia de las artes y de la técnica en Grecia. En ellos, los autores ponen a contribución los resultados de sus propias excavaciones en Fanagoría y Panticapea, ciudades del antiguo reino del Bósforo. También hay que mencionar los estudios de Knipovich, Gaidukievich y Schultz sobre el desarrollo de los oficios artesanales en las riberas del antiguo Ponto Euxino que hoy son territorio soviético. Sobre las relaciones comerciales en esta zona versan, especialmente, los trabajos de B. N. Grákov. Una de las conclusiones esenciales a que llega este autor es que, al desarrollarse las ciudades griegas de las riberas del Mar Negro, fueron liberándose gradualmente de las importaciones de fuera, para organizar su propia producción.

Bajo el régimen soviético, se desarrollaron también en grandes proporciones los estudios arqueológicos, realizándose excavaciones en un gran número de lugares y sacando a luz, principalmente, una serie de elementos para la investigación de la historia primitiva de los griegos coloniales en la región del Ponto Euxino y sus relaciones con la población escita.

Las investigaciones de S. P. Tólstov han puesto de manifiesto la importancia que en la antigüedad adquirió la Joresmia, región situada entre el Mar Caspio y el lago de Aral, uno de los puntos más septentrionales a que llegó la cultura helenística.

En la Unión Soviética se publica desde 1937, regularmente, una revista titulada *Viestnik Drevnei Historii* (*El Mensajero de la Historia Antigua*) con artículos históricos y arqueológicos sobre la antigüedad, notas y crítica de libros soviéticos y extranjeros y materiales muy interesantes para poder seguir al día el desarrollo de estos estudios en la U.R.S.S.

La historiografía soviética sobre Roma se ocupa con especial ahínco de las luchas de clases en la sociedad romana y, de un modo muy particular, de las luchas y sublevaciones de los esclavos. Uno de los trabajos más interesantes, en torno a estos problemas, es el del académico S. A. Shebeliev, ya citado más arriba sobre la sublevación de los *Escitas en el Bósforo*, publicado en 1938. Basándose principalmente en datos epigráficos y numis-



máticos, el autor expone que en la época de la ocupación romana, a fines del siglo II, estalló en el reino del Bósforo una insurrección de esclavos, encabezada por Saumaco y que fue aplastada gracias a las tropas del rey del Ponto, Mitridates VI Eupátor. Shebeliev ha realizado también importantes investigaciones sobre la historia de los primeros levantamientos de esclavos. Colaboró con él en estos trabajos el historiador Kovaliov, el autor de la *Historia de Roma* a que nos referimos al principio, quien estudió los movimientos de los esclavos en Sicilia. Estos estudios forman parte de una recopilación de trabajos publicada en 1934 con el título de *Contribuciones a la historia de la sociedad antigua*.

Acerca de este tema debe destacarse también la monografía del profesor A. W. Mishulin sobre el levantamiento de Espartaco, obra traducida al alemán, (*Spartacus. Abriss der Geschichte des grossen Sklavenaufstandes*, Berlín, 1952), en la que se tratan con nuevos criterios una serie de problemas referentes a la cronología del movimiento, a su desarrollo y a las causas históricas de la derrota de los espartaquistas.

En la obra de M. E. Sergueenko, *Dos tipos de agricultura en la historia de Italia, en el siglo I d.n.e.*, publicada en 1935, se estudia la historia de la agricultura itálica a fines de la República y comienzos del Imperio, en relación con las consecuencias de los movimientos esclavistas.

N. A. Protásov publicó en 1923 un estudio titulado *La lucha de los ideales sociales en la Roma del periodo de los Gracos*, en la que se investiga la ideología de los movimientos libertadores en torno al problema de la tierra. Y N. S. Mashkin, en su trabajo *El movimiento de los agonistas* expone las características de las luchas de los campesinos pobres del Norte de África al final del imperio romano.

Obra muy importante en sus primeros capítulos para el estudio de algunos aspectos de la política exterior de Roma es la *Historia de la diplomacia*, dirigida por W. P. Potemkin. Esta obra, cuya primera edición rusa se publicó en 1941, ha sido traducida a varios idiomas, entre ellos al francés. Las partes dedicadas a la historia de Grecia y Roma fueron redactadas por el helenista y romanista Serguéiev. El académico armenio Y. A. Manandian dio a la luz, en 1943, primero en su lengua nativa y después en ruso, una monografía sobre el rey armenio Tigranes II el Grande, aliado de Mitridates del Ponto en su lucha contra los romanos. Y el profesor W. N. Diákov, cuyo manual de *Historia de Roma* acaba de ser traducido al español, en un libro titulado *La Táurida en*



la época de la ocupación romana (1942) investiga la dominación romana en aquel territorio de la Crimea.

Los problemas de las relaciones entre el Imperio Romano de Oriente y los eslavos han sido objeto de interesantes investigaciones por parte del ya citado Mishulin.

Entre los trabajos más generales, debe citarse la *Historia de Roma* en dos tomos de Shebéliev, publicada en 1922 y 1923. La exposición histórica va acompañada, en esta obra, importante por la influencia que en su país ejerció, de interesantes notas sobre las fuentes y la historiografía romana. La *Historia de Roma* de Kovaliov y la de Diákov, ya citadas al principio, han sido traducidas al español. El académico A. I. Tiúménev es autor de una obra que lleva por título *Las sociedades esclavistas en la antigüedad*. Por último, W. S. Serguéiev, a quien se debe una *Historia de Grecia*, publicó en 1938 un libro titulado *Bosquejos de historia de Roma*, en dos tomos. La crítica soviética destaca los grandes valores de esta obra, su carácter vivo y original. El autor, según sus comentaristas, traza en ella magistrales retratos de los personajes históricos, caracterizando con grande fuerza los tipos sociales de los gobernantes. En el tomo primero se contiene un estudio profundo y original sobre el paso de la República al Imperio, pasando por la etapa de los que el autor llama los “Pre-emperadores” (Escipión el Grande y otros), que, apoyados en ciertos círculos sociales, allanan el paso a la monarquía.

El cristianismo primitivo y los factores sociales que determinaron el nacimiento de la nueva religión es otro de los temas fundamentales de la historiografía soviética, estrechamente relacionado con la historia social de Roma. El primer libro sobre estos problemas fue el de R. Y. Vipper, titulado *Los orígenes del cristianismo*, que apareció ya en 1918. En 1941 se publicó la obra de A. B. Ranovich, *Esbozo de una historia de la Iglesia cristiana primitiva*, en que se trazan nuevas orientaciones para abordar los problemas de la historia del cristianismo a la luz de la situación social en la época del Imperio romano. Del mismo Vipper vio la luz en 1954 la obra titulada *Roma y el cristianismo primitivo*, con un estudio sobre el Estado y la religión en el mundo antiguo.

Un libro interesante es el de S. L. Utchenko, publicado en 1952 sobre *La lucha ideológico-política en la Roma de vísperas de la caída de la República*, obra muy documentada, con un apéndice sobre las cartas de Salustio a Julio César y la correspondencia de Cicerón.

Mencionaremos, por último, en esta reseña muy incompleta,



el gran libro del prestigioso romanista N. A. Mashkin, autor de la gran *Historia de Roma*, sobre *El Principado de Augusto* (*Orígenes y sentido social*), cuya primera edición apareció en 1949. Es una obra valiosísima, en cuya primera parte se estudia la génesis del principado, la guerra civil, los triunviratos y las clases sociales en Roma, para desarrollar en la segunda parte el problema del carácter del principado, la política social y los poderes de Augusto, su política social, el estado de Italia bajo el primer emperador, la personalidad de éste y la cultura del llamado “Siglo de Oro”.

*

Me hago cargo perfectamente del carácter fragmentario de estas notas. No he dispuesto, desgraciadamente, de los elementos necesarios para poner al día la información. Pienso, sin embargo, que tal vez, a pesar de sus lagunas y deficiencias, pueda ser útil a quienes en México se interesan por los problemas de la historia antigua y que, por diversas causas, carecen de la documentación necesaria para estar al tanto de lo que en el campo de la historia clásica están haciendo nuestros colegas soviéticos.

Y me permito expresar, para terminar, la esperanza de que, en esta nueva etapa de cooperación en que hemos entrado, se intensifiquen las corrientes de intercambio científico y cultural entre este lado del Atlántico y el gran país del socialismo, de tan rica tradición “clásica”, en el terreno de nuestros estudios humanísticos, en que tan necesaria es la comunidad de trabajo, por encima de las fronteras y de los campos ideológicos.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS